

Tomar el pelo

Versión original de
Andrés Ballesteros Encinas
Pozoblanco

Esto era un señor que iba con una carga de leña y pasó por una barbería.
El barbero estaba en la puerta.

- ¿Me vende usted la carga? –le preguntó el barbero.
- Sí, señor, para eso la llevo.
- Cuánto vale.

El hombre dijo un precio que le pareció bien al barbero.

- Ea, pues bájela usted.

El señor llevaba en lo alto del carro un pavo. Cogió el hombre el pavo y lo puso al lado y vació la carga. El barbero le había pagado ya lo que valía. Al terminar, el hombre cogió las sogas y fue a por el pavo.

- No señor, que el pavo es mío -dijo el barbero.
- ¡Cómo que el pavo es suyo!
- Le he preguntado cuánto valía la carga y le he dado su dinero.
- Pero es que el pavo no entraba en el precio.
- Pero el pavo estaba en la carga, de modo que el pavo es mío.

El hombre se fue enfadado sin el pavo.

Al cabo de un tiempo, aquel mismo señor entró en aquella peluquería y dijo:

- ¿Me puede afeitar a mí y a mi compañero?
- Sí, señor, siéntese usted, que yo lo afeito.

Ya que lo afeitó, aquel señor salió a la calle y metió el burro en la

barbería.

- ¿Pero dónde va a usted con ese burro?

- A que lo afeite usted.

- ¿Pero cómo voy a afeitar a un burro?

- ¿Usted se acuerda de aquel que iba con una carga de leña y un pavo?,
pues ese soy yo. Venga, a afeitar al burro.

Y tuvo que afeitar el burro.

Tomar el pelo

Versión original de
Juan Pozuelo Yun
Pozoblanco

Iba una vez uno por un pueblo con una carga de leña para venderla, pero la carga de leña llevaba un pavo colgado.

Un barbero estaba en la puerta de su barbería y al pasar le dijo:

- Maestro, ¿me vende usted la carga?

- Sí señor, para eso la llevo, para venderla.

- ¿Cuánto quiere usted por ella?

El hombre dijo un precio que le pareció bien al barbero.

- Ea, pues bájela usted

Entró el hombre para dentro, bajó la leña y empezó a recoger las sogas, el equipaje que llevaba y el pavo.

- ¡Eh! -le dijo entonces el barbero-. El pavo no se lo puede usted llevar, amigo. Yo le dicho a usted que si me vendía la carga y me ha contestado que sí. Y el pavo venía en la carga. Así que lo siento mucho, pero el pavo se tiene que quedar aquí.

El de la leña se tuvo que ir dejándose allí al pavo.

Pero al de la leña no se le olvidó aquello. Cuando pasó el tiempo, entre las dos luces de un anochecer, llegó este hombre a la barbería y dijo:

- Maestro, ¿nos puede afeitar a mí y a mi compañero?

- Sí, hombre, ¿por qué no?

Se sentó el hombre y el barbero lo afeitó (el burro lo tenía atado a la ventana). Y cuando terminó de afeitarlo, el de la leña salió a la calle y volvió

con el burro.

- ¿Pero dónde va usted con ese burro?

- Cómo qué. Este es mi compañero y lo tiene usted que afeitar.

- ¡Pero hombre!

- Nada, ¿usted se acuerda de lo de la leña? Pues este es mi compañero.

Usted ha dicho que afeitaba a mi compañero y lo tiene que afeitar.